

Sr. D. Antonio Rodríguez y Rodríguez.

Nueva-Belén (en San Gervasio).

Distinguido compañero y estimado discípulo: No quiero olvidar este último título de nuestras relaciones, puesto que fué el primero por el cual hace ya bastantes años me fué dado aquilatar el mérito personal de usted. Si entonces le distinguí en el aula y ahora en el trato profesional hasta el punto de confiar á su discreción y buenos conocimientos el internato médico de « Nueva-Belén », es porque le he considerado con méritos históricos y presentes bastantes para el desempeño de cargo de tanta confianza. Por tales y tan antiguos títulos, tiene usted expedito el derecho de dirigirme toda clase de consultas y provocaciones científicas que tiendan á esclarecer los puntos de la Medicina que más ó menos directamente se relacionan con la especialidad clínica á que principalmente consagramos nuestros estudios. Y como las cuestiones referentes al *hipnotismo* y á la *sugestión mental* se hallan evidentemente enlazados con la patología de la neurilidad, es indudable que el cuestionario que se halla contenido en su ilustrada misiva del 25 del pasado está perfectamente en su lugar.

Tan sólo me lamento, y muy sinceramente, de que estas materias, á las cuales no soy del todo extraño, así en el concepto bibliográfico como en el de la práctica, sean de suyo tan difíciles y vengan todavía marcadas con un sello tal de novedad que impide la fijación definitiva de un criterio. Para andar sobre terreno firme se requiere mucha más experiencia que la que yo poseo en estos asuntos; por lo cual, sin afectación de modestia, no vacilo en calificarme de *neófito*, ó simplemente iniciado en esta que podríamos llamar naciente rama de la Medicina contemporánea.

El manantial de los hechos está en plena actividad y no lleva trazas de agotarse pronto. Obrando cual cumple á una conciencia honrada, no faltarán ocasiones de rectificar conceptos erróneos, formados al calor del deslumbrador entusiasmo que estos estudios provocan y oportunidades mil para ratificar, y por lo mismo consolidar otras ideas, y aun son de esperar fenómenos novísimos que dilatarán los horizontes de la Fisiología y de la Terapéutica.

Abroquelémonos con leales propósitos; no sea para nosotros obstáculo invencible lo maravilloso; desliguémonos, si es preciso, de los vínculos que impone la educación de nuestra infancia; descarguémonos, si así lo exige la tarea, del engorro de tradiciones que, con todo y ser veneradas como obra de nuestros mayores, puedan entorpecer nuestra marcha en el sentido de la investigación de los fenómenos... y sobre todo, percibiendo mucho y lucrando poco, solicitemos sin cesar á la naturaleza para que abra ante nosotros el inagotable raudal de sus grandes tesoros.

Y pues lo dicho expresa lealmente el deseo honesto de un amante de la verdad, sirva esta misiva de preludeo ó de prólogo para lo que quizás, andando la pluma al compás del pensamiento, vendrá á constituir una serie de artículos que tal vez den material para un folleto y aun quizás de un libro.

Hasta el número próximo, interin se reitera su afectísimo amigo y S. S.

DR. J. GINÉ.

Definición del hipnotismo. — El sueño y la circulación cerebral. — Hipnotismo y ensueños. — El hipnotismo es un estado patológico. — La sugestión destruye los inconvenientes del hipnotismo.

No nos dejemos subyugar por la inútil rigidez de las definiciones escolásticas; renunciemos voluntariamente el propósito de expresar con palabras un conjunto de hechos cuya esencia no nos es aún bien conocida, y digamos sencillamente que por *hipnotismo* ó *estado hipnótico* debe hoy día entenderse *un conjunto de fenómenos morbosos, derivados de la neurilidad que se producen en un sujeto cuyas funciones cerebrales específicas, sin hallarse abolidas ni absolutamente suspendidas, no se manifiestan ostensiblemente sino al influjo de una voluntad ajena á la suya, por medio de la sugestión.*

Cuando el excitante de las cerebraciones hipnóticas no es una volición externa (elaborada en otro cerebro) de acción actual y presente, sino un recuerdo, más ó menos fantástico y más ó menos remoto, de una impresión actual ó engendro complejo de varias ideas preformadas en la mente, se dice que el sujeto *está auto-hipnotizado* y obra al influjo de *auto-sugestiones inconscientes.*

Considerada en su función específica, la substancia nerviosa se nos presenta en dos estados: el de actividad y el de reposo. El mundo cósmico proporciona incesantemente excitantes de cada una de estas modalidades funcionales: unos determinan la *vigilia*, otros ocasionan el *sueño*. El sueño, puesto que hay estímulos capaces de provocarlo, no consiste en la negación de la función cerebral; al contrario, es una manifestación positiva de una actividad de la substancia nerviosa, diametralmente opuesta á la actividad de la *vigilia*.

En contra de este aserto no se invoque la *isquemia* cerebral de que se acompaña el sueño fisiológico, puesto que la isquemia somnífera normal dista mucho de la isquemia morbosa del encéfalo. En ésta no hay sueño, sino insomnio pertinaz.

Para hablar con precisión y en vista de los hechos, diríamos: que un considerable grado de plenitud de los vasos cerebrales *acompaña* á la *vigilia*, y que una plenitud menos graduada *acompaña* al *sueño*.

Mas, nótese bien que estas variaciones vasculares las consideramos solamente como *coincidentes* ó *concomitantes* con el sueño y la *vigilia*; no las tenemos, por lo tanto, por causantes de esos dos estados antagónicos. Quizás la isquemia y la hiperemia fisiológica (orgasmo) de los centros nerviosos, no sean más que efectos de los estados *vigil* é *hipnótico* respectivamente.

Reflexiónese sino que el estupor, la modorra y aun el *caro* son síntomas frecuentes de la hiperemia cerebral, y que no es menos común que la congestión encefálica se acompaña de delirio más ó menos exaltado.

Si el sueño constituye el reposo de la materia nerviosa en función de *cultividad vigil*, no es menos exacto que la *vigilia* es el reposo de la misma materia en actividad hipnótica. Nos dormimos cuando estamos cansados de *velar*; nos despertamos y *velamos* cuando estamos cansados de *dormir*.

La *hipnosis* es, pues, una función cerebral, de aparente inercia, en la que al estímulo de impresiones externas de carácter desvelante, es dable determinar actos nerviosos de carácter *vigil*.

¿En qué difieren el *hipnotismo* y la *sugestión hipnótica* de los *ensueños fisiológicos*? En tanto que éstos son compatibles con el estado hígido del cerebro y de ordinario aparecen en él, el *hipnotismo* y la *sugestión* son hechos verdaderamente patológicos, los cuales, si bien pueden provocarse repentinamente en la mayoría de las personas sanas, constituyen fenómenos anormales, que por lo mismo, no pueden menos que responder á un estado anormal del cerebro. No dejan de ser patológicos los fenómenos que los venenos determinan en personas sanas; el estado morboso queda instituido desde el momento que el veneno comienza á actuar en el organismo. El sujeto hipnotizado cesó de estar sano desde que en él comenzaron á presentarse los fenómenos hipnóticos; su salud queda reintegrada desde el momento en que el *hipnotismo* es desvanecido.

Que ni el *hipnotismo* ni la *sugestión* son hechos hígidos, lo prueba el que existen enfermedades en las que ellos constituyen los fenómenos más culminantes del síndrome, y si personas sanas en el momento A, en el momento B, al influjo de las prácticas que constituyen la *técnica del hipnotismo provocado*, presentan un conjunto de fenómenos idénticos á los que se observan en ciertos estados neuropáticos y principalmente en el *histerismo*, claro es que dichos fenómenos son morbosos; lo son, por consiguiente, el *hipnotismo* y la *sugestión hipnótica*.

Siendo morbosos el *hipnotismo* y su correlativa *sugestión*, ¿cómo de ambos, no sólo no resultan trastornos morbosos trascendentales, sino que pueden instituirse uno y otro como agentes terapéuticos?

El estado hipnótico provocado (según se verá más adelante) es de duración limitada; cesa espontáneamente al cabo de un tiempo, que varía entre unos minutos y tres ó cuatro horas, en ausencia del hipnotizador, ó bien se desvanece súbitamente al influjo de la *sugestión* desvelante ejercida por el mismo hipnotizador, en una ó en otra forma. Por otra parte, los efectos de la *sugestión hipnótica* son tan positivamente benéficos, que basta que el operador diga: «Ahora despiértese usted sin sentirse en modo alguno molesto», para que así suceda en casi todos los casos.

De ahí resulta que siendo el *hipnotismo* un estado verdaderamente *patológico* provocable en un individuo sano, carece en absoluto de inconvenientes, porque éstos se evitan totalmente por medio de la *sugestión*.

He aquí un hecho clínico que confirma cuanto acabo de exponer:

Marieta (joven recién casada, de quien tendré que ocuparme más adelante) hacía cuatro meses que á beneficio de la *sugestión hipnótica*, había sido curada de un *histerismo neurálgico* con accesos frenopáticos diarios. Para servir de modelo á una señorita, también histérica, á quien me proponía hipnotizar por vez primera, vino, á ruego de la paciente, á mi despacho. A Marieta, según costumbre, la hipnoticé rápidamente por la mirada; durante el sueño, no la hice *sugestión* alguna; me bastaba que la nueva *sujeto* presenciase la manera como aquélla se hipnotizaba, para dar por conseguido el fin que me proponía, que no era otro que ahuyentar de la fantasía toda prevención respecto del *hipnotismo*. A los dos minutos Marieta fué despertada por un soplo, y salió de mi casa... Hace pocos días he sabido que esta joven (que hoy día está en cinta), inmediatamente después de esta sesión, se sintió acometida de una cefalalgia, bastante molesta, que le duró tres ó cuatro días, por lo cual y por su estado interesante, no se ha hallado dispuesta

á acceder al ruego de otra enferma que hace pocos días ha ido á suplicarle le prestase el mismo servicio que tan eficazmente había hecho á la anteriormente mencionada... Hubiera bastado que yo hubiese dicho: «Marieta: despertará usted sin sentir dolor ni peso en la cabeza», para que esta joven no hubiese tenido la menor incomodidad *post-hipnótica*.

En el momento en que acabo de escribir estas líneas, ocurre en mi despacho otro hecho aún mucho más probante. Trátase de un joven, estudiante de derecho, á quien conduce á mi consulta su madre, para someterle á tratamiento por una enfermedad mental, que diagnostico de *locura alucinatoria, con delirio de persecuciones*. El joven tiene buena instrucción, habla tartamudo y posee una idea vaga de que es anormal el estado de su mente. Me esfuerzo en demostrarle que su sensibilidad, y por lo mismo sus ideas y sentimientos marchan por senda extraviada; añado que su voluntad sería impotente por resistir las sugerencias alucinatorias de que es víctima su sensorio, pero que, en cambio, por el *hipnotismo* á mí me será fácil apoderarme de las actividades de su cerebro, y ahuyentar de él, así las alucinaciones como las ideas insanas. «Sólo necesito, añado, que usted quiera dejarse hipnotizar; la cosa es sencilla y fácil, como podrá usted verlo con el ejemplo de la señorita aquí presente».

Hay, en efecto, en mi despacho una joven histérica á quien ya he hipnotizado varias veces y que se duerme al instante en que la miro. Le suplico se preste á ser nuevamente dormida, en presencia del joven; ella accede, asegura que en pocos días se ha curado de su mal, á beneficio del hipnotismo. La joven es hipnotizada, en presencia del estudiante. Despierta después con las sugerencias de costumbre, que ahora sólo tienen por objeto corregir un estrabismo divergente que se va rectificando con rapidez; la histérica se despide y sale de casa. El joven, influido por el ejemplo y por mis palabras, cae hipnotizado en menos de un minuto. En este estado, le hago la siguiente sugestión: «Desaparecen de su mente los temores y los pensamientos malos; nadie le quiere á usted mal; no tiene usted enemigos; no verá usted personas que con el gesto le amenacen ni se burlen de usted; no oirá voces amenazadoras ni palabras de mofa; *un cambio completo se efectúa en el cerebro de usted...*» En tal punto el joven palidece mortalmente, se afila su semblante, los labios se le vuelven blancos, el pulso cesa de latir, el corazón no palpita. Su madre, atemorizada, exclama: «¡Mi hijo se muere!» y yo (que no he visto jamás caso semejante) siento también recelos... Me asalta, sin embargo, la idea que acabo de escribir: *los inconvenientes del hipnotismo se combaten con la sugestión*, y con voz fuerte y tono imperativo, digo: «Muévase el corazón; ya se vuelve á mover. Levántese el pulso: el pulso se levanta y late con energía; vuelvan el calor y el color al rostro; ya se colora la cara; siéntese usted; abra los ojos; véame... Ya me oye, ya me ve... Despiértese; siéntase bueno; levántese, ande y respóndame...» En mucho menos tiempo del que he empleado para escribir estas palabras, se han realizado puntualmente todas mis sugerencias; el, hace un minuto, muriente joven, se halla repuesto y está casi como antes de ser hipnotizado.

Le ordeno que se tienda en un sofá, y como noto que mi presencia le hipnotiza, le digo: «Usted no se puede dormir sin que yo lo mande». Me aparto de su vista durante unos diez minutos. El joven está del todo bien, y agradecido porque se siente más alegre y animado que antes, se despide, se-

ñalándole tres días de plazo para volverse á presentar á mi consulta á darme cuenta de los beneficios que habrá reportado de la sesión de hoy.

¿No demuestra este caso la índole morbosa del hipnotismo? ¿Puede darse de la completa eficacia de la *sugestión* para hacer desaparecer el síncope, fenómeno raro, pero que es uno de los más peligrosos que pueden aparecer en el sueño hipnótico? Lo que acaba de ocurrir en este joven ¿no convida á pensar que el hipnotismo determina la isquemia de los hemisferios cerebrales? De la sucesión de los fenómenos que acabo de exponer ¿no se infiere que la isquemia cerebral (síncope) no es causa productora del hipnotismo, sino un efecto del estado hipnótico?

Para que aún más resulten las diferencias entre los ensueños hígidos y el sonambulismo provocado, conviene considerar que el ensueño resulta del funcionamiento vigil de algunos elementos celulares del cerebro, en ocasión en que todos los demás se hallan en estado de reposo ó sueño, siendo provocado dicho funcionamiento por impresiones ó ideas automáticamente recordadas en el mismo cerebro durmiente. En el *sonambulismo hipnótico sugestivo*, la provocación no es autóctona; no nace en el propio sujeto, sino en otro cerebro, que funciona ejerciendo un dominio casi despótico en las cerebraciones del hipnotizado. En una palabra: un cerebro hipnotizado es una máquina parada, pero dispuesta á funcionar vigilmente, no al impulso de voliciones autóctonas (pues éstas no existen á causa de que la voluntad ha desaparecido del sujeto, así como la conciencia ó noción de su propia personalidad), sino bajo el imperio de una voluntad ajena: la del hipnotizador. El *hipnotizado* siente, piensa, quiere y ejecuta cuanto le ordena su *hipnotizador*. Es más: hay *sugestiones post-hipnóticas*, no menos reales que las hipnóticas, que habiendo sido impresas durante el sueño hipnótico, se expresan por actos ejecutados inconsciente é involuntariamente mucho tiempo después de disipado el hipnotismo.

Después de lo expuesto, el primer conato que surge en la mente es el de escudriñar la índole fisiológica, la causa orgánica, que inmediatamente determina los fenómenos del hipnotismo y de la sugestión. Sábese que una y otra son casi tan antiguas como las colectividades humanas, y al pasar por la historia, estos hechos han debido provocar explicaciones, más ó menos ingeniosas, siempre en consonancia con los conocimientos corrientes y con las ideas filosóficas que han imperado.

Ajena es por completo á los fines prácticos de estos escritos la investigación del desarrollo histórico de estos conceptos; mas con la mira de desvanecer reparos, que podrían fundarse en lo pasado, para la adopción de los recursos que el ejercicio del hipnotismo provocado puede proporcionar á la terapéutica, trataré de dejar apuntados sus principales orígenes y las fases de su evolución, ya en sentimientos místicos y en creencias religiosas, ya en el influjo de las epidemias frenopáticas que azotaron á la Edad Media, ya, en fin, en los artificios del charlatanismo, frecuentemente decorado con títulos académicos, cual se echó de ver en los últimos lustros del siglo pasado. De esta suerte nos veremos conducidos á los tiempos presentes, en que la ciencia médica, fundada en el criterio biológico experimental, acepta el *hipnotismo* y la *sugestión* como hechos demostrados, y al paso que procura darse cuenta de su naturaleza y del mecanismo de su producción, se apresta á emplearlos como recursos curativos.

El hipnotismo en la Historia. — Necesidad de referir los hechos, éxtasis, sonambulismo, catalepsia ó letargo al hipnotismo y á la sugestión. — Exposición de hechos históricos de hipnotismo. División de la historia del hipnotismo, fundada en las interpretaciones que de los síntomas neuropáticos han encontrado, en tres períodos. — Período místico. — Período cosmológico. — Período biológico-experimental. — Tendencia terapéutica de este último.

Todo aquel que con el ánimo sereno aspire á formarse ideas claras acerca de lo que han sido el *hipnotismo* y la *sugestión* en las Edades de la Historia, debe comenzar considerando que este estado neuropático (1) es susceptible de revestir aspectos muy diversos y presentarse en las circunstancias individuales y cósmicas más variadas, siendo, por lo tanto, múltiples su fenomenalismo y su etiología determinante.

Todo lo que sean fenómenos de éxtasis, sonambulismo, catalepsia ó letargo, cualesquiera que sean la edad, el sexo y las condiciones sociales del individuo, y cualesquiera que sean el lugar y el tiempo en que se observen; ora sobrevengan de una manera inopinada y en ausencia de provocaciones externas de acción por nosotros apreciable; ora se presenten á consecuencia de la acción de agentes que ostensiblemente impresionan los sentidos ó conmuevan los afectos del sujeto; ora aparezcan al influjo de prácticas expresamente instituídas para determinar los expresados fenómenos biológicos; todo de conformidad con el criterio biológico experimental, que informa la ciencia médica, deberá ser referido al *hipnotismo* y á la *sugestión*.

El Fakir de la India se mira fijamente la punta de la nariz (estrabismo convergente); al poco rato queda extático, dormido, convulso, aletargado, aparentemente muerto. En tal estado, permanece varias horas, varios días, meses y aun años, sin comer, beber, ni respirar, ni sentir; vuelve al fin á la vida: despierta. Ningún recuerdo conserva de lo que ha acontecido en su cuerpo... El Fakir es un hipnótico, que ha salido del letargo por *auto-sugestión* concebida durante el período sonambólico, ó poco antes, al tiempo de comenzar la práctica hipnotizante.

Un monje del monte Athos, en vez de mirarse fijamente la nariz, se duerme contemplándose el ombligo; entra en éxtasis místico; profetiza... El monje onfaloscópico está hipnotizado.

Un sacerdote de Egipto traza, en un plato de blanca porcelana, dos triángulos cruzados y contenidos uno en otro; en los espacios circunscritos por las líneas de las figuras geométricas escribe palabras cabalísticas; para que más brille, el plato es untado con aceite; un adolescente, un neófito, dirige fijamente la mirada al centro de los triángulos; quédase dormido, extático, sonambólico, cataléptico: es otro hipnotizado.

Un Marabut de Marruecos llena de agua una botella, la coloca sobre una mesa cubierta de blancos manteles; al otro lado de la botella arde una bujía; el Marabut contempla la llama á través de la botella y se hipnotiza.

Una docena de individuos de la tribu de Beni-Aioussas, en Constantino-pla, se congregan formando un semicírculo, y mientras toca una música cadenciosa, ejecutan movimientos verticales y laterales, acompasados, con la

(1) Véase la pág. 406.

cabeza y el tronco ; la agitación de los movimientos va aumentando ; poco después, todos quedan rígidos, catalépticos... han sido hipnotizados.

La Pitonisa de Eudor, que entre los hebreos tenía la facultad de evocar la sombra de los finados, era una histérica ocasionada á accesos de hipnotismo, sonambulismo y catalepsia. En nuestros círculos espiritistas harían papel de *medium*.

En el templo de Apolo, en Delfos, la Pitonisa, preparada por el ayuno, sube al trípode sagrado ; agítase en convulsiones clónicas ; cae luego en éxtasis ; en este estado emite el divino oráculo... Es una histérica en sonambulismo lúcido.

Los devotos y devotas que acuden al Padre Gesner (1776) de Viena, en demanda de remedio para sus males, y en quienes el Reverendo, con el auxilio de los exorcismos, reconoce la presencia de uno ó más demonios, son infelices neuropáticos, en los que el exorcismo provoca fenómenos extáticos, convulsivos ó sonambúlicos.

Los trescientos mil diablos que, según Richet, contaban entre la población de Francia, en el siglo xvii, los Reverendos Padres, detallistas avezados á estos cálculos, pues de los diablos conocían los nombres y apellidos, sus estilos, sus aficiones y hasta sus vestidos, dan la medida de lo que era frecuente en aquellos tiempos el grande histerismo y explican la predisposición que á padecer accidentes neuropáticos proporciona el misticismo católico, exaltado por los horrores de la Inquisición y las persecuciones del Santo Oficio.

Los unguentos con que se untaban las brujas de la Edad Media, los brebajes que preparaban y administraban para causar maleficios, prueban que la sugestión tiene grandes alcances para determinar los fenómenos morbosos del grande y del pequeño histerismo, los cuales son esencialmente idénticos á los del histerismo provocado.

Aquel brujo sometido á la ruda prueba de la rueda, de la cuerda y del borcegüí en los calabozos de la Inquisición, que después de convelerse de todo el cuerpo, se aletarga tan profundamente, que al despertar, se admira de las heridas, fracturas y contusiones de que está plagado su organismo, es un mártir, un neuropático, á quien el terror ha obrado como agente hipnotizante, inhibiendo su sensorio á la acción de los estímulos más enérgicos. En el mismo caso se hallan los santos sacrificados por Diocleciano ; confortados por la fe, se hipnotizan, se extasían en medio de las llamas y soportan, sin muestras de dolor, los traumatismos de la crucifixión, el clavo en la frente, el asaetamiento, etc., etc., tormentos casi tan horribles como los que más tarde inventaron contra los herejes los más ardientes defensores del catolicismo.

Las siete estáticas que, al decir de Calmeil, en 1549, en la ciudad de Nantes, fueron quemadas vivas, en expiación del delito de haber permanecido inmóviles durante muchas horas, alabándose después de saber cuanto durante su inmovilidad había ocurrido en la población, pagaron tributo al fanatismo y á la ignorancia. ¿Qué eran sino enfermas histero-epilépticas, sonámbulas y catalépticas ?

Los *convulsionarios* de San Medardo y las monjas de Ausona, también convulsionarias, que en 1652, en pleno sonambulismo lúcido, hablaban en latín, sin haberlo jamás aprendido (aun cuando sí oído y leído en los rezos),

padecían la epidemia neuropática, que por entonces azotó á la Europa central. Neuropático era también el joven poseído del demonio, cuya historia refiere Ambrosio Pareo (creyente aún en los espíritus infernales), de quien dice que el diablo se expresaba en latín y en griego por la boca de la víctima.

Marta Doissier, á quien el obispo de Angers, en 1599, quiso exorcisar, para extraerle de su cuerpo los demonios, entra en paroxismo histérico al punto en que el obispo lee en un libro, que ella imagina es el de los exorcismos, los primeros versos de la *Eneida*, de Virgilio. Es esta una enferma que obedece á una sugestión externa.

Un criado de Franklin, para curarse de sus males, se abraza á un árbol, que cree magnetizado. Al punto cae convulso y cataléptico; se hipnotiza por sugestión.

Las posesas de Loudun, catalépticas y rígidas cual tablas de madera inflexible, eran histéricas en acceso. A sor María del Espíritu Santo, que creía estar poseída del demonio, se la encontró tendida de parte á parte del brocal de un pozo, no apoyándose más que por los pies y la cabeza. Era una histérica en pleno ataque cataléptico.

Los niños expósitos de Hoorn, que en 1673 se creen endemoniados, tienen frecuentes ataques, durante los cuales quedan rígidos cual barrotes de hierro. Eran protestantes... no fueron quemados. Se les dispersó, y desde el momento cesó la epidemia convulsionaria, que se había apoderado de la Casa de Maternidad de Hoorn.

Un calvinista de una ciudad del Delfinado, en el siglo XVIII, se siente tocado de inspiración profética. A cuantas personas sopla en la boca las comunica el mismo espíritu, y éstos á su vez lo transmiten á todos aquellos á quienes dirigen á la boca su aliento. Todos se vuelven hipnóticos y sonámbulos lúcidos. Véanse niños de tres años, que con todo y no ser el francés, sino el *patois* su lengua natal, hablan correctamente francés. Un niño de quince meses, profetiza en la cuna. Maravillas, prodigios... del hipnotismo, de la sugestión del sonambulismo lúcido.

El cadáver del diácono jansenista París yace en una sepultura; cunde la voz de que al contacto de los mármoles de este sepulcro se curan todos los enfermos. Acuden en tropel los pacientes para tocar la milagrosa piedra; muchos, después de convelerse y quedarse extáticos, obtienen el beneficio de la curación; los que no pueden ir á tocar el mármol de la tumba, se contentan tocando tierra de los alrededores de la misma: el efecto es idéntico. De resultas de estas prácticas, algunos meses después se contaban más de mil convulsionarios... Sugestión, hipnotismo provocado.

El irlandés Valentín Greatrakes, en 1662, sabe por revelación sobrenatural, que el contacto de sus dedos basta para curar las escrófulas; poco después su maravilloso don sube de punto; ya no hay enfermedad que no se cure al contacto de sus preciosas manos. Siempre sus curaciones van precedidas de crisis convulsivas. Esto sucedía á mediados del siglo XVII; ¿podía Greatrakes presumir que algunos lustros después (1777) Antonio Mesmer, en nombre de los fluidos imponderables, curaría los enfermos por sus mismos procedimientos?

En 1777, Antonio Mesmer, médico de Viena, émulo de su compatriota el cura Gesner (el que curaba expeliendo los demonios por medio de exorcis-



mos), aplica los imanes al tratamiento de las enfermedades. Poco después ya no necesita imanes; sus dedos y su mirada bastan para provocar crisis nerviosas, en pos de las cuales la salud se restablece. Expone la teoría de un fluido universal, animado de un doble é incesante movimiento, como el flujo y el reflujó de los mares; inventa la doctrina del *magnetismo animal*. Nobles y plebeyos, en París, se agrupan en torno la célebre *cubeta*... Unos y otros quedan dormidos, extáticos, sonambúlicos, catalépticos ó letárgicos, en el *cuarto de las crisis*. Los efectos curativos no son raros... El *magnetismo* es el hipnotismo provocado; sus efectos terapéuticos son la obra de la sugestión hipnótica.

En 1841, un cirujano de Manchester, James Braid, completamente escéptico respecto del magnetismo y creyendo que en él son todo errores ó farsas, se decide á indagar experimentalmente el origen de estos errores. Concurriendo á las sesiones de magnetismo, que se celebran en la casa de M. Lafontaine, ve un sujeto magnetizado, á quien le es absolutamente imposible abrir los ojos. Este hecho es positivo; no puede ser obra de la superchería. El cirujano está resuelto á hacer ensayos. Suplica á un amigo suyo, M. Valker, que se preste al experimento. Le hace mirar fijamente al gollete de una botella colocada cerca de sus ojos y de manera que cause fatiga á la visión. A los tres minutos, el Sr. Valker cierra los párpados; chorros de lágrimas manan de sus ojos; su semblante se contrae levemente; suspira y se queda profundamente dormido. Braid ha visto que los hechos del magnetismo no dependen de las condiciones personales del magnetizado... cree que son efecto del cansancio, de la fatiga, del agotamiento de la fuerza nerviosa del sujeto.

Aun hay quien pretende que en nuestros tiempos se efectúan milagros. Luisa Lateau, en 1875, con sus estigmas hemorrágicos, sus éxtasis convulsivos y sus prolongadas abstinencias, parece una santa de aquellos benditos tiempos. El Dr. Lefèvre relata esta historia clínica, y nadie ve en Luisa más que los síntomas del histerismo y efectos de la sugestión. En otros individuos, al influjo de la sugestión hipnótica se han provocado fenómenos idénticos.

Charcot, en París, Liebault y Bernheim, en Nancy, y tantos y tantos fisiólogos, patólogos y terapeutas de todas las naciones, consiguen en corto número de minutos determinar un sueño lúcido en personas sanas ó enfermas, impresionando el sensorio con sugestiones hipnóticas ó post-hipnóticas, en muchísimos casos curativas de enfermedades, leves ó graves, que se mostraban rebeldes á las medicaciones farmacológicas más racionales; practican, como nosotros, el hipnotismo y la sugestión, juzgando de ellos en plena conformidad con el criterio biológico.

De esta rápida exposición de hechos, cuyo fin no es otro que citar ejemplos de los principales aspectos que han revestido los fenómenos que hoy día comprendemos con el nombre genérico de *hipnotismo*, así como de los múltiples efectos que en el organismo humano puede determinar la sugestión, y mirando estos hechos desde un punto de vista sintético, resulta, á mi entender, la posibilidad de clasificar dichos hechos en tres diferentes grupos, fundados, no en diferencias entre los fenómenos observados, sino en la interpretación que á los mismos se ha dado, en consonancia con las ideas rei-

nantes en los diferentes tiempos de la Historia. La división que yo propongo resulta rigurosamente cronológica, puesto que en nada afecta á la esencia del hecho, sino únicamente á su explicación.

A estas tres divisiones ó períodos históricos del hipnotismo (por razones que no habrá necesidad de exponer, pues saltarán á la vista á medida que entremos en algunos pormenores) les denomino : al primero *místico*, al segundo *cosmológico* y al tercero *biológico-experimental*.

Entiendo por *período místico del hipnotismo y de la sugestión* la larga serie de siglos durante los que los fenómenos neuropáticos que hoy día comprendemos con estas denominaciones, fueron considerados como manifestación de poderes sobrenaturales, ya como obra directa de la divinidad, ya por la mediación de los sacerdotes, ya por la intervención del espíritu maligno, ya por los prodigios de la fe y las creencias religiosas, que subliman el alma humana, y como muestra irrecusable de la ejemplaridad de las virtudes del sujeto, constituyendo el milagro, ya, en fin, por el ejercicio de artes mágicas, derivadas de las ciencias ocultas, que establecían relaciones con los poderes del infierno.

Al segundo período le llamo *cosmológico*, como pudiera llamarle también *físico*, en razón á que los síntomas neuropáticos de que tratamos se les considera resultantes de la acción de un fluido cósmico, que así se manifiesta por influencias siderales, como por atracciones y repulsiones recíprocas entre los cuerpos terrestres, y en especial entre los seres animados. Este es el período del *magnetismo animal* ó *mesmerismo*, que teniendo sus primitivas raíces en las ideas de Paracelso, Marcelo Ficin, Argipa, Cardan y Van-Helmont (siglos xv y xvi), alcanza los detalles de una doctrina en 1779, en que Mesmer, médico de Viena, publica en París su *Memoire sur la decouverte du magnetisme animal*. Es muy corta la duración de este período, si ha de comenzarse á contar desde Mesmer, pues empieza en 1779 y termina en 1841, en ocasión en que Braid verifica su primer experimento de la botella en la persona de M. Valker.

El tercer *período* (al que damos el nombre de *biológico-experimental*) nos es contemporáneo, y debemos considerar que ahora comienza ; arranca de los estudios experimentales de Braid (1841), que causan la derrota del *magnetismo animal*, y se afirma en los trabajos de los neuro-patologistas más eminentes de nuestros días, entre los cuales figuran en primera línea Charcot, Richer, Liebault, Dumontpallier, Bernheim, Cullère, P. Jibier, Ochoorovitz, Fonta Azam, Bourneville y en el que si bien se vacila en punto á la interpretación de los hechos, hallándola unos (los menos) en el fluido magnético, otros en la fuerza *néurica radiante* (Barety), otros, á imitación de Braid, en el agotamiento de la fuerza cerebral, y otros (que constituyen la mayoría) en la sugestión de la mente é inhibición de las capas corticales de los hemisferios del cerebro ; nadie duda de la realidad del hipnotismo, y se le considera como un hecho fisiológico (no precisamente hígido) susceptible de presentarse de una manera espontánea, constituyendo el síndrome de una neuropatía bien ó mal definida, ó bien por provocación experimental, así en personas sanas como en enfermos, bajo el aspecto de un conjunto de fenómenos que tienen las mayores analogías con los del histerismo.

Conviene ahora añadir que este tercer período, en sus comienzos puramente experimental, se encamina rápidamente por los campos de la Clínica,

dando ya sus frutos (quizas no aun bien sazonados) á la siempre postulante Terapéutica.

Ante esta división no hay quien no pueda, con toda exactitud, encasillar cualquiera de los hechos que figuran en la historia del *hipnotismo*, ó se explican (que no se explican) por la vía de lo maravilloso y sobrenatural, ó por las leyes de la Física, ó bien por los conocimientos que tenemos sobre la anatomía y fisiología del sistema nervioso. Sólo las explicaciones físicas y fisiológicas son científicas; las místicas y teológicas no merecen los honores de nuestra atención. Pásense con ellas cerebros incompletamente desarrollados ó isquémicos, inteligencias á quienes la fe aplana, enseñando que la ignorancia es el árbol del bien y de la vida, así como la ciencia el árbol del mal y de la muerte.

Teorías del período cosmológico. — La fuerza néurica radiante se reduce al magnetismo animal. — Mesmer. — Orígenes históricos de su doctrina. — Charlatanismo mesmeriano. — Concepto del mesmerismo. — Baretty y la fuerza néurica radiante. — Exposición de esta teoría. — Apreciación.

Tan sólo se halla sabor científico en las teorías del hipnotismo correspondientes á los períodos que hemos llamado *cosmológico* y *biológico-experimental*; sólo de éstas me ocuparé en el presente artículo.

Aun hoy día, distinguidos profesores que se dedican á la experimentación biológica y hacen del hipnotismo importantes aplicaciones terapéuticas, aceptan, sólo cambiándola el nombre, la doctrina del *magnetismo animal*.

Un libro, notable por más de un concepto, que ha visto la luz en el corriente año, escrito por el Dr. A. Baretty, se titula: *El magnetismo animal estudiado con el nombre de fuerza néurica circulante y radiante*. « La analogía (dice el autor en la introducción de esta obra) de la fuerza néurica y la electricidad propiamente dicha (*magnetismo animal* de los físicos) es sorprendente, puesto que aparece á cada paso en el decurso de este trabajo, y aun cuando la significación del *magnetismo animal*, opuesto al *magnetismo mineral*, haya sido alterada después de Mesmer, creo conveniente volver á adoptar esta denominación, que me parece adecuada, y á más tiene la ventaja de ser por todos aceptada ».

Lo he dicho en el artículo precedente; las teorías que se han dado del hipnotismo han corrido paralelas con las doctrinas místicas, filosóficas ó científicas imperantes. Hoy que los fluidos imponderables han desaparecido de los índices de los tratados de Física, y que calórico, lumínico, eléctrico y magnético han pasado á ser vibraciones del éter, impresas por una sola fuerza, inherente á una materia, quizás única también, la teoría del fluido magnético, razonable, y por lo mismo aceptable en los tiempos de Mesmer, se halla absolutamente destituida de base de sustentación.

*Fuerza néurica* la ha llamado Baretty, y la ha considerado en dos estados: uno de *circulación*, á lo largo de los reóforos orgánicos llamados nervios, y otro de *radiación* en torno del individuo.

Perfeccionando el concepto y nivelándolo más escrupulosamente con el lenguaje de la filosofía contemporánea, nosotros diríamos: « Hay una substancia nerviosa que, á más de las propiedades generales de la materia y de los cuerpos y de las que le atañen por ser orgánica y viviente, posee la de

producir vibraciones especiales en el éter, que se manifiestan por el conjunto de fenómenos que los fisiólogos atribuyen á la *neurilidad* (sentimiento, inteligencia, voliciones, actos instintivos, movimientos voluntarios é involuntarios, fenómenos tróficos de la inervación, etc., etc.)

Mesmer viene al mundo en tiempo en que los milagros de su compatriota el cura Gesner no pueden encontrar la aceptación que hubieran alcanzado en otra época; los gérmenes de la *Enciclopedia* comenzaban su desarrollo en Francia; lo sobrenatural, el diablo y los exorcismos caían en descrédito. La ciencia subía, á proporción que la fe bajaba. Mesmer entraba en París en el mismo mes del año en que lo hacía Voltaire, de regreso de su prolongado destierro.

Estaban en pujanza los *fluidos imponderables*; ¿qué mejor ocasión para explicar el mecanismo de los milagros por medio de esos mismos fluidos?

Ya Paracelso, en el siglo xv, había enseñado que la fuerza vital derivaba de los astros; hay, en consecuencia, íntimo enlace, una *simpatía*, entre los mundos celestes y los seres vivos por medio de la *fuerza vital*.

A esta fuerza cósmica, sideral, la considera Mesmer como un fluido, esparcido por todas partes, susceptible de propagar el movimiento de uno á otro mundo. En los animales, ese fluido actúa sobre los nervios de una manera análoga á la de los imanes; como éstos, tiene dos polos opuestos, que pueden recíprocamente cambiarse, comunicarse, destruirse ó reforzarse. No es idéntico el fluido de los imanes: es su análogo y tiene propiedades curativas; las curaciones que por los imanes se obtienen no se deben al fluido que éstos llevan, sino al *fluido magnético animal* puesto en actividad, por el que encierran los barros imantados. Hay, pues, un *magnetismo animal* análogo, pero distinto del *fluido magnético* de los cuerpos inorgánicos.

He dicho que en los años de Mesmer los imponderables entraban en prestigio... ¿qué médico de la última mitad del siglo xvii no intentó curar con placas imantadas?

Un religioso, el P. Hell, coincidía con Mesmer y se propuso emularle. Aun cuando sacerdote, amoldándose al espíritu de su época, no curaba con exorcismos; valíase del fluido magnético. Mas para esto no necesitaba imanes; el fluido engendrábalo su propio organismo. Mesmer debía sentirse receloso de la competencia de un cura. Abandona los imanes; cualquier metal, cualquier varilla puede, en sus privilegiadas manos, determinar los efectos del magnetismo animal, de ese fluido cósmico esparcido entre todos los seres del universo, que conmueve el organismo humano por el intermedio del sistema nervioso.

Mesmer modifica su teoría, agrandando los ámbitos del agente; ávido de nombradía y sediento de oro, esparce su doctrina, valiéndose de las reprobables artes de los garruleros y ejerce el magnetismo curativo entre millares de pacientes crédulos, con las abominables maneras de un charlatán. El magnetismo viene al mundo con una mancha bien difícil de lavar. ¡Qué extraño que aun hoy día esta mácula se perciba á través del hipnotismo! A más de que no faltan hipnotizadores al estilo mesmeriano.

¡El fluido universal! ¿qué otra cosa es este fluido sino aquel con que en el siglo xv, Paracelso, Marcelo Ficín, Pompónaco y Cornelio Agripa explicaban el recíproco influjo de los astros, así como el de las constelaciones sobre el organismo humano? Y en el siglo xv, ¿no vemos á Goelenio curar las

heridas por el magnetismo; á Van Helmont sostener que para nuestros males existe una *medicina magnética*, y á Roberto Flut, en Inglaterra (1638), distinguir varias clases de fluidos magnéticos, que él llama positivos, negativos, espirituales y corporales? Antes de Mesmer, ¿no había dicho el eminente físico, el jesuíta Kircher, que el Universo era un todo, cuyas partes estaban enlazadas por potencias activas y repulsivas, como los imanes, las cuales eran de especies diferentes, tales como la del sol, la de la luna, la de los planetas, la de los metales, la de los vegetales y la de los animales?

¿Qué le queda á Mesmer (dados estos antecedentes históricos), qué le queda de autor ni de inventor de doctrina?

La teoría del magnetismo no es de su propiedad; es una copia, una rapsodia... Si hemos de ser justos, debemos decir que el mesmerismo en la historia no es más que una forma del *charlatanismo* médico, ejercido á la sombra de una doctrina añeja, remozada en el último cuarto del pasado siglo, por un hombre osado que supo aprovechar la ocasión de una efervescencia filosófica para hacerse poner de moda y labrar su fortuna.

Condenar á Mesmer no es impugnar el *magnetismo animal*; lamentamos los procedimientos espúreos; respetamos la doctrina. El Dr. Barrety viene hoy con la teoría de la *fuerza néurica* á continuar, en un terreno fisiológico, la obra de Mesmer; no despreciemos esta doctrina, pues se apoya en observaciones y experimentos.

«El trabajo exterior é interior á que el hombre está incesantemente sometido para favorecer su desarrollo, asegurar su conservación y su propagación, exige un gasto considerable de fuerza. Esta fuerza, constantemente renovada, pues de lo contrario acaece su muerte, se manifiesta bajo diferentes formas, que son: el calor, la contractilidad muscular, la electricidad, y en fin, la *fuerza nerviosa*. Me inclino á creer que si no es la misma fuerza nerviosa la que me ha sido dable estudiar, debe, cuando menos, ser uno de sus más próximos derivados. A esta fuerza la llamaremos *fuerza néurica*, *agente néurico* ó *neuricidad*. Veremos que en su esencia y en su acción tiene chocantes analogías con otras fuerzas, que son: el calor, la electricidad y el magnetismo. Creemos que la *fuerza néurica* tiene su sitio en el sistema nervioso; pero no está toda ella encarcelada en él. Una parte de la misma se escapa, para radiar al exterior, en el espacio. Por esto la llamamos *radiante*, para distinguirla de la otra porción que *circula* en el cuerpo humano, muy probablemente á lo largo de las fibras nerviosas, y de otra porción que, también según todas las probabilidades, existe en estado de *reposo relativo* ó *tensión*» (1).

Existe la *fuerza néurica* en la economía en dos condiciones: en *estado estático*, que es lo que los fisiólogos llaman *neurilidad* ó propiedad especial de las fibras nerviosas, y en *estado dinámico* ó *circulando* por estas mismas fibras y radiando y esparciéndose al exterior.

La *fuerza néurica radiante* emana del cuerpo humano por tres diferentes puntos: los ojos, las extremidades libres de los dedos y la boca, por medio del soplo ó sean los nervios pneumogástricos; sale también por los nudillos de los dedos y por los codos en flexión, como la electricidad se escapa por las puntas. La de la nariz, sin embargo, carece de esta aptitud radiante.

---

(1) Barrety. — *Le Magnétisme animal étudié sous le nom de force neurique*, pág. 6.

La *fuerza néurica* tiene propiedades intrínsecas y extrínsecas; por las primeras se parece al calor, á la luz y á la electricidad; por las últimas induce modificaciones en los seres inanimados y en los animados, modificaciones de todo punto semejantes á las que determina la electricidad, y más particularmente los imanes, de donde el que merezca el nombre de *magnetismo animal*, que le dió Mesmer.

Barety, que para nada se ocupa de la *fuerza néurica estática*, trata sólo de la *dinámica ó radiante*, y considera en ésta *efectos físicos*, que son los que determina en los objetos inanimados y *efectos fisiológicos* son los que produce en los animales.

Proceda de los dedos, de los ojos ó del soplo, la *fuerza néurica radiante* es capaz de determinar, en un sujeto *impresionable y predispuerto*, las siguientes modificaciones: anestesia ó hiperestesia de la piel y de las mucosas, catalepsia, contractura ó resolución total ó parcial de los músculos, hipnosis (sueño) total ó parcial y acciones limitadas ó extendidas, susceptibles de neutralizarse ó destruirse recíprocamente.

Como el calórico y la electricidad, la *fuerza néurica* se escapa del cuerpo humano por las puntas, marcha en línea recta, y sus rayos, al caer sobre superficies planas, cóncavas ó convexas suficientemente resistentes para no dejarse penetrar, se reflejan como los de la luz y del calor, esto es, formando un ángulo de reflexión igual al de incidencia. El experimento es muy sencillo: diríjase la mirada, las puntas de los dedos ó el soplo á la superficie de un espejo convenientemente inclinado, y el sujeto impresionable percibirá las mismas impresiones que recibiría si directamente recibiese la corriente.

También son susceptibles de refractarse los rayos de la *fuerza néurica*; pueden pasar á través de un cristal plano ó de una lente biconvexa, en cuyo último caso resultan *enfocados*, ni más ni menos que los luminosos y calóricos, aun cuando en sitio distinto.

He aquí un experimento tal como lo refiere Barety. «Había notado que una aguja de hacer calceta, de un milímetro y medio de grosor, era recorrida en toda su longitud por la *fuerza néurica*, la cual luego se escapaba por la extremidad libre. En efecto: dirigida hacia una superficie hiperestesiada del cuerpo del sujeto, esta aguja despertaba dolor ó lo exageraba, según que se trataba de una hiperestesia espontánea ó previamente provocada. Tomé tres agujas parecidas, púselas á igual distancia una de otra tan paralelas como me fué posible, á lo largo de un pequeño cilindro de madera, como un lapicero ó un portaplumas, y de modo que sus extremidades libres pasasen más allá de la extremidad de este cilindro. Vistas de frente las extremidades libres de las tres agujas, ocupaban los tres ángulos de un triángulo equilátero. Tomé una lente biconvexa, la del oftalmoscopio de Nacet. Esta lente mide unos tres centímetros de diámetro y 55 milímetros de espesor en el centro... Yo había previamente soplado en el dorso de la mano del sujeto receptor; luego coloqué la lente transversalmente un poco por encima; después sobre la misma lente y cogidas entre mis dedos, dispuse las tres agujas, que dirigí hacia el dorso de la mano al través de esta misma lente. Había intencionadamente colocado las agujas, la lente y la mano del sujeto á distancias respectivas bastante grandes. El sujeto acusó tres pinchazos muy distintos; después, aproximando la mano y rodando alternativamente las agujas y la lente, el sujeto hizo espontáneamente observar que los tres

pinchazos que había sentido se aproximaban y que habían acabado por confundirse en uno solo, diciendo que no percibía sino un solo pinchazo en lugar de tres ».

Prolija sería la exposición de los numerosos experimentos que el Dr. Barety hizo en un sujeto (*uno solo* y extraordinariamente impresionable) para sentar su teoría de la fuerza néurica. Bastará, para condensar sus ideas, decir que en tanto la fuerza néurica es análoga al calórico, al lumínico y al eléctrico, que por ella ha conseguido trazar un espectro, parecido al de los rayos luminosos; ha estudiado su refracción á través de diferentes colores, sirviéndose de papeles ó de cristales diferentemente coloreados, y ha determinado los índices de refracción de varios cuerpos en relación con la mencionada fuerza.

Añadamos que, en concepto del autor, la fuerza néurica tiene intensidad diferente en distintos individuos; que de esta desigual intensidad depende en parte la posibilidad de que un cuerpo humano ejerza influencia en otro; que la inferioridad de esta intensidad de unos con respecto á otros depende del estado de salud ó de la constitución, por lo cual en unos es variable y permanente en otros; que quizás la propiedad que posee el cuerpo de una persona de influir en el cuerpo de otra por la fuerza radiante no depende exclusivamente de la diferente intensidad, sino más bien de un cambio en la distribución y en la dirección de la *fuerza néurica*, en la persona susceptible de ser neurizada.

Cuando el Dr. Barety, en 1882, dió cuenta de sus estudios á la Sociedad de Biología, llegó á seducir á alguno de sus miembros, siendo, sin duda, su más importante conquista el voto del Dr. Dumontpalier. El triunfo de Barety duró poco, pues la Sociedad de Biología se limitó á atribuir á la influencia de los agentes físicos comunes y no á la fuerza néurica radiante los fenómenos observados por Barety en su impresionable sujeto.

Y, en efecto, aun admitiendo la *fuerza néurica circulante y radiante*, esta última (por confesión del autor) muy parecida al calórico, á la electricidad y al magnetismo, ¿qué medios tenemos á mano para distinguir si los efectos que presenta un organismo extraordinariamente sensible son propios de esta fuerza ó corresponden más bien á otras fuerzas radiantes: el calor ó la electricidad, cuya existencia es universalmente admitida?

Que hay calor y electricidad radiantes nadie lo duda; es, empero, hipotética la radiación de la fuerza néurica; ¿no es más lógico pensar que los estímulos, positivos ó negativos, que acusa el organismo humano empleado como reactivo delicadísimo, son más bien términos eléctricos, que debidos á un agente hipotético? Si la *fuerza néurica radiante* tuviese una existencia real en todos los individuos, ¿serían tan raros los sujetos sensibles á la acción de la misma, que entre tantos millares de personas hipnotizables, sólo un exiguo número (hasta ahora sólo sabemos de uno) pudiese servir para comprobar, repitiéndolos, los ensayos neurofísicos del Dr. Barety?

Yo no niego, sino que afirmo, la existencia de la fuerza néurica; lo que no veo bastante demostrado es su poder radiante, y mucho menos que ella sea la causa productora de los múltiples fenómenos del hipnotismo, así como de las anestias ó hiperestias, relajaciones, parálisis, contracturas y convulsiones, que se observan en las histéricas, influídas ó no por la presencia de otro organismo humano.